en persona, avanzaban á Somosierra con direccion á Madrid. Salió de Calatayud el 17 para Sigüenza apostando en el camino un cuerpo de 5.000 hombres, mandado por el general Venegas, á retaguardia el ejército, para proteger su marcha. Los franceses, que venian persiguiendo á Castaños, tropezaron con las tropas de Venegas, que hallaron en posicion á dos leguas de Calatayud, cerca de Bubierca; los acometieron con dobles fuerzas; duró el combate casi todo el dia, sosteniéndose Venegas con denuedo, por cuyo motivo se detuvo la tropa francesa, y Castaños con la suya pudo llegar sin impedimento á Sigüenza, donde recayó el mando en el general La Peña, comisionado Castaños por la junta central para otros encargos.

Alarmada con tantas desgracias la junta central; llano ya el camino de Madrid á los franceses con la derrota y dispersion del ejército de Belveder, habia mandado al marqués de Castelar y á D. Tomás de Morla la guarda de los pasos que de Burgos conducen á la capital del reino por la cordillera que divide las dos Castillas. Era el punto mas amagado el puerto de Somosierra, y en él se situó el general D. Benito San Juan con 12.000 hombres y alguna artillería. Atento Napoleon á llevar adelante su proyecto favorito de posesionarse de la capital de España, cuya ocupacion esperaba que abatiria el ánimo de los españoles, y resonaria en toda la Europa, con gran prez de sus armas y provecho de sus miras ulteriores, habia mandado á Lefebvre invadir la tierra abierta de Castilla, á Moncey dirigirse contra Zaragoza, á Soult conte-

ner á los ingleses, y á Ney perseguir á Castaños; y colocándose él al frente de su guardia, las tropas de Victor y la reserva, se puso en marcha para Somosierra.

Ademas de la defensa que habia preparado San Juan en lo alto del puerto, habia apostado tambien un cuerpo de tropas en Sepúlveda, al mando de D. Juan José Sarden. Acometiéronlas los franceses en la mañana del 28, en número de 4.000 infantes y 1.000 caballos, haciendo los mayores esfuerzos por desalojarlos de la posicion que ocupaba: estrelláronse empero todos sus ímpetus contra el valor y teson de los españoles, y al cabo de tres horas de empeño el mas decidido, conocieron la inutilidad de sus esfuerzos, desistieron, y se retiraron. Los nuestros, sin embargo, temiendo ser acometidos por fuerzas á que no pudiesen resistir, se retiraron á Segovia la noche del 29.

Quedó pues el general San Juan únicamente con las fuerzas que defendian el puerto. Atacáronlas los enemigos al amanecer del dia 30, con una gruesa columna y seis piezas de artillería; pero fueron rechazados. A este tiempo habia llegado Napoleon al pié de la sierra, y mandó á los cazadores á caballo de su guardia y á los lanceros polacos embestir á escape por la calzada las baterías de los españoles. Lo hicieron; pero pagaron bien cara su temeridad, porque quedó el suelo lleno de cadáveres. Sin embargo, habia mandado Napoleon otras dos columnas por las alturas que á derecha é izquierda ciñen el camino del puerto, las cuales, á favor de la niebla que cubria el cielo, habian logrado amenazar á los nues-

tros por los costados. Volvió entonces á embestir lá caballería enemiga, y los nuestros empezaron á ceder, y por último desampararon la artillería. Determinado y animoso el general San Juan, recorria el terreno por en medio de los mismos caballos enemigos para rehacer á los suyos; pero al fin no pudiendo conseguirlo, atropelló á los ginetes polacos que lo rodeaban, y herido en la cabeza pudo llegar á Segovia.

Súpose en Aranjuez la desgracia de Somosierra el dia 1.º de Diciembre muy temprano. La junta central, proscrita por Napoleon, y mas comprometida por haber mandado quemar por mano del verdugo unas cartas que los ministros de José habian escrito al presidente de la junta, al decano del Consejo Real y al corregidor de Madrid, exhortándoles á someterse al intruso, conoció el gran peligro en que se encontraba, y la necesidad de trasladarse á otro punto mas seguro; y despues de alguna deliberacion determinó trasladarse á Badajoz, para donde salió en la tarde y noche del mismo dia 1.º, despues de haber destinado algunos de sus individuos para ir á animar y sostener el patriotismo en las provincias.

En Madrid, alarmado el vecindario con tan funestas noticias, se agolpó el dia 30 de Noviembre delante de la casa del capitan general, pidiendo armas. Se distribuyeron 8.000 fusiles, y ademas se armaron los paisanos con todo lo que pudieron haber á las manos. Se abrieron y artillaron fosos delante de las puertas de la villa; cortáronse con zanjas la carrera de San Gerónimo y las calles de Atocha y de Alcalá; se desempedraron algunas otras, proveyéndose de morrillos los vecinos para arrojarlos por las ventanas y balcones contra los enemigos, ó bien disponiendo las piedras en las calles de modo que se mancasen los caballos; aspilleráronse las tapias que circundan á Madrid; y el pueblo todo se hallaba en el mas alto grado de exaltacion, que era el único medio de defensa con que se podia contar, cualquiera que fuese su fuerza; porque ni Madrid es un punto que se puede defender, ni los reparos que de prisa se levantaron servian de mucho para su defensa.

En medio de esta agitacion, no habia, por desgracia, el suficiente surtido de cartuchos; faltaron para bastantes vecinos; y algunos estaban hechos con arena en lugar de pólvora. Habia corrido con este ramo el regidor marqués de Perales, muy querido del pueblo bajo, en el cual tenia todas sus amistades y relaciones, y aun se vestia muchas veces á su usanza. Pero el pueblo, siempre veleidoso, dió crédito á una mujer de su misma laya, que resentida del marqués, porque habiéndola obsequiado algun tiempo, la habia dejado por otra, divulgó la especie de que habia sido él quien habia mandado llenar de arena los cartuchos, y aun añadia que habia prometido á los enemigos franquearles la entrada por la puerta de Toledo. Agregábase á estas voces el rumor que corria, no sabemos si con verdad, de que el marqués habia ido á visitar á Murat, y que éste le habia agasajado mucho. Causas ambas bastante fuertes, para que toda la inclinacion que la plebe le tenia, se convirtiese en odio y furor contra él, como sucedió;

y en tanto grado, que invadiendo su casa le dieron de puñaladas, y le arrastraron despues por las calles. Desman, atrocidad que contrista, y que manifiesta lo poco que hay que fiar en la aura y favor popular.

Tal vez la mala disposicion de los ánimos hubiera tenido resultados igualmente deplorables respecto de otras personas, si la aproximacion de los enemigos á Madrid no hubiera llamado esclusivamente la atencion de todos. Habianse divisado primero algunas descubiertas de caballería, pero el dia 2 por la mañana se dejaron ver columnas de la misma arma por la parte del Norte. Acercóse á Madrid el mariscal Bessieres; y habiendo intimado por medio de un oficial la rendicion de órden de Napoleon que habia llegado á Chamartin, se respondió con fiereza á la intimacion. No podia el enemigo intentar todavía el ataque contra la poblacion, porque no habia acabado de llegar su infantería. Así el dia 2 se pasó sin que hubiese habido ningun hecho notable: Napoleon recorria los alrededores de la Villa, y entre las avanzadas habia sus tiroteos.

A las doce de la noche volvieron los franceses á intimar la rendicion: á eso de las nueve de la mañana del dia 3 empezaron á batir las tapias del Retiro por el lado de Oriente con treinta cañones que habian colocado por la noche en batería, llamando al mismo tiempo la atencion por otros puntos desde la puerta del Conde-Duque hasta la de Alcalá por la parte alta. Intentó una columna enemiga penetrar por la puerta de Recoletos, pero la contuvo una batería nuestra que estaba colocada en la Veterinaria,

y aun cayeron algunas balas cerca de Napoleon, que se hallaba junto á la fuente Castellana, y en su vista se situó mas atrás.

Los españoles que defendian el Retiro eran todos paisanos y tropa nuevamente levantada: se mantuvieron firmes sin embargo por algun tiempo; pero habiendo entrado una division francesa, derribada una parte de la tapia, retrocedieron y abandonaron el Retiro. Avanzaron entonces los franceses hácia el Prado, por cuya razon las tropas que custodiaban las puertas de Atocha, Alcalá y Recoletos, se refugiaron detrás de las cortaduras que se habian hecho en las calles inmediatas.

Es el Retiro un punto militar muy importante porque domina á Madrid; sin embargo su pérdida no desanimó á sus defensores, que se sostuvieron con serenidad causando alguna pérdida al enemigo. En la calle de Atocha fué muerto Bruyere, general francés. Duró el combate hasta las doce del dia, cuando el marqués de Castelar respondiendo á la intimacion que se habia hecho la noche anterior, dijo que para resolver, necesitaba enterarse de cuál era el ánimo del pueblo, y consultar á las demas autoridades, para todo lo cual, pidió la suspension de hostilidades por todo el dia. Accedió Napoleon, dando de tregua hasta las dos, para enviar comisionados que tratasen sobre la entrega. Fueron en efecto D. Tomás Morla y D. Bernardo Iriarte. Napoleon, dirigiéndose á Morla, le amenazó que le pasaria por las armas á él y á toda la tropa, si á las seis del dia siguiente no se entregaba la Villa. Volvieron los co-

misionados; dieron parte á la junta de autoridades; estuvieron algunos vocales por la defensa; la mayoría por la rendicion, y á las seis de la mañana del dia 4, D. Tomás de Morla y el gobernador militar de Madrid, D. Fernando de la Vera y Pantoja, llevaron la capitulacion al emperador, que la aprobó con algunas ligeras variaciones y aclaraciones. Reduciase sustancialmente á que las tropas saldrian de la plaza con los honores de la guerra, y quedarian en libertad; pero Napoleon limitó este último estremo á los que habian sido alistados hacia cuatro meses, debiendo los demas quedar prisioneros de guerra hasta ser canjeados, lo que debia verificarse inmediatamente; libertad y seguridad de vidas, propiedades y empleos para todos, sin que ninguno pudiese ser perseguido ni molestado; conservacion de nuestras leyes, costumbres y tribunales, segun entonces se hallaban constituidos; que no se exigirian mas contribuciones que las que ordinariamente se habian pagado hasta aquel dia: *concedidos ambos puntos hasta la organizacion definitiva del reino;* y sobre todo la conservacion de la religion católica, apostólica romana, sin tolerar ninguna otra segun las leyes.

En consecuencia ocuparon algunas tropas francesas los puntos principales de la capital á las diez de la mañana del mismo dia 4; pero bien pronto faltó Napoleon á lo estipulado en la capitulacion, como era de esperar. Desde el mismo Chamartin, donde se hallaba, destituyó á todos los individuos del Consejo de Castilla, mandando que quedasen detenidos como en rehenes: abolió la inquisicion y los derechos

señoriales, y suprimió dos terceras partes de los conventos. Fué preso, juzgado militarmente, y sentenciado á muerte el marqués de San Simon, de nacion francés, emigrado, y que hallándose al servicio de España, habia defendido en aquellos dias la puerta de Fuencarral, si bien las lágrimas de su hija pudieron alcanzar que fuese conducido á Francia. Tambien lo fueron el príncipe de Castelfranco, el conde de Trastamara, el decano del Consejo D. Arias Mon, con otros magistrados. El duque del Infantado habia salido la mañana del 2 en busca del ejército del centro; el vizconde de Gante, á quien estaba encomendada la puerta de Segovia, habia ido á unirse con el general San Juan; y el marqués de Castelar tambien habia salido hácia Estremadura con la poca tropa que habia dentro de Madrid, la víspera de la rendicion, por la noche.

Pasó á cumplimentar á Napoleon en Chamartin el corregidor de Madrid, de quien exigió que todos los vecinos jurasen fidelidad á su hermano José, si este habia de reinar en España, como lo pedia el Ayuntamiento en vitud de órden espresa que para pedirlo le habia dado el mismo emperador, sin embargo de que yo puedo, le dijo, mandar en España por derecho de conquista: porque se figuraba que ocupada la capital del reino sucederia lo que en otras partes, que las provincias se someterian á su dominacion. Reparable ceguedad en un hombre á quien pintan sus apasionados como el político mas consumado de su época.

Hizo en efecto la ceremonia del juramento el pue-

blo de Madrid; pero las provincias, lejos de arredrarse por este suceso, que tardaron en creer, midiendo los resultados de la guerra por la intensidad de sus deseos, redoblaron con su noticia sus esfuerzos y actividad, porque con los contratiempos se aumentaba el encono contra los invasores. Ninguna provincia, ningun pueblo, ni la mas pequeña aldea se habia prestado, no digamos á rendirle homenaje, pero ni aun á manifestarle la admiracion por la fama de que tenia llena toda la Euroqa. Aquejábanle esta actitud y desden de los españoles, y no podia menos de serle temibles, enterado como lo estaba de que su teson y su valor habian sido en muchas ocasiones el asombro del mundo; mucho mas cuando recibia noticias de que los ejércitos dispersados se reunian y aumentaban, que sus comunicaciones eran interrumpidas y sus destacamentos acometidos.

Disgustado por este mal aspecto de las cosas revolvia en su ánimo los medios de deshacer enteramente los restos de los ejércitos españoles, y perseguir al mismo tiempo á los ingleses; y estos cuidados absorbian del todo su atencion. Así es que solo una mañana entró en Madrid, y se dirigió al real Palacio que dicen le pareció suntuoso; ni se cuidaba de restablecer en el trono á su hermano, aunque se le presentó en Chamartin viniendo de Burgos, por lo que pasó desairado al Pardo. Envió, sí, parte de sus tropas en persecucion de las españolas hácia Tarancon, Aranjuez y Toledo.

Por estos dias el general San Juan, que con los dispersos que juntamente con D. José Heredia habia

podido reunir en Segovia, se habia situado en el Escorial antes de que capitulase Madrid, se habia puesto en camino para socorrerla, instado por el vizconde de Gante. No estaba ya lejos de la capital, cuando cundió entre la tropa la voz de que estaba la plaza sumamente apurada, con otras noticias en estremo tristes, que fueron causa de que todos los soldados se dispersasen, sin que los jefes pudiesen contenerlos. Habia señalado San Juan á Talavera por punto de reunion, y allí efectivamente se habia alojado en el convento de San Agustin. Trataba de contener los escesos que por todas partes, y en el mismo Talavera, cometian los dasbandados; pero estos, rehusando volver á sujetarse á la disciplina militar, empezaron á apellidar traidor á su general; invadieron el dia 7 el convento, y capitaneados por un perverso fraile, entraron en su habitacion y le asesinaron, aunque se defendió con serenidad: desnudaron el cadáver, lo mutilaron y arrastraron, y en un paseo público le colgaron de un árbol, y aun allí le llenaron de balazos.

Habia llegado el duque del Infantado la noche del 2 á Gualalajara, donde se hallaba el ejército del centro, que puesto en camino desde Sigüenza para cooperar á a defensa de Somosierra, segun las órdenes que habia recibido, torció á poco tiempo hácia Guadalajara, con la noticia de haber forzado los franceses el pierto de Somosierra. Reunido el Infantado con los generales, determinaron todos socorrer á Madrid con el ejército, que efectivamente se puso en marcha con este objeto; pero en el camino se supo la rendicion de la capital, y el ejército se dirigió á

Cuenca, habiéndosele incorporado D. Pedro de Llamas con algunos soldados, con los cuales se hallaba en Aranjuez, que tuvo que abandonar.

Seguia á los nuestros el enemigo con con grande empeño, sin que por eso sufriesen pérdida mayor, aunque fueron despiadadamente degollados en el Nuevo Bastan algunos rezagados. Cuidados mas graves ocasionó la indisciplina de la tropa: la de las divisiones 1.ª y 4.ª, capitaneadas por el teniente coronel de artillería D. José Santiago, quiso, alborotada, volver hácia Madrid y acometer á losfranceses. Pudo contener por algun tiempo, aunque con trabajo, á los alborotados el conde de Villariezo, que mandaba las divisiones, á lo que contribuyeron tambien algunas providencias del general en jefe, avisado oportunamente por el conde: pero volvieron á insistir los sublevados en su propósito, puesto de nuevo D. José Santiago á la cabeza. Don Andres de Mendoza que guiaba la artillería con la caballería y dos regimientos de infantería, por otro camino que el que llevaba el conde de Villariezo con el resto del ejército; creyó que el conde de Miranda, comandante de carabineros reales, infundiria mas respeto á los alborotados; le propuso que se encargase del mando, y el conde lo aceptó. En seguida llamó á Sartiago, y no permitiéndole separarse de su lado, se pudo disponer que prosiguiese marchando la tropa. Sin embargo, el general D. Manuel la Peña que lamandaba, conociendo que el espíritu de insubordinacion habia inficionado todo el ejército, reunió en consejo de guerra, en el cual separándose del mando, propuso

que recayese en el duque del Infantado, y así se resolvió, aprobándolo despues la Junta Central: triste necesidad, algunas veces, de los gobiernos tener que sancionar, por evitar mayores males, las consecuencias de la desobediencia.

Por fin, despues de mil obstáculos y privaciones, dificultades y trabajos padecidos en una larga marcha y en el mes de Diciembre, se halló á mediados de este reunida en Cuenca una fuerza no despreciable con bastante artillería; y aun se aumentó posteriormente con otra porcion de tropa que no se esperaba en aquella ciudad, porque formando parte de la vanguardia, fué interceptada por los enemigos en el camino, y desde el 21 de Noviembre habia quedado desmembrada del ejército. Sin embargo, el conde de Alacha que la mandaba, la condujo salva por entre los enemigos, en medio de indecibles trabajos, descalzo y casi desnudo el soldado, hambriento, y atravesando por montes escarpados y veredas impracticables: por último, entraron todos alegres en Cuenca, llevando tambien algunos franceses prisioneros.

La Mancha se hallaba á merced enteramente del enemigo; Toledo, despues de haber enviado á Sevilla 12.000 espadas de su acreditada fábrica, hubo de recibir á los franceses. Mas decision mostró la villa de Villacañas, que resistió por espacio de cinco dias los esfuerzos que hizo la caballería francesa por entrar en ella, teniendo por último que retirarse.

Con la derrota de nuestros ejércitos en el centro, quedaba el campo libre para los desfiladeros de Sierramorena; por lo que la junta central mandó for-

tificar aquellos puntos con bastante artillería, de que estaban provistas las Andalucías, y apostó allí unos 6.500 hombres de tropa, única fuerza que por entonces se pudo reunir, y que fué aumentándose despues, dando tiempo para ello los franceses, llamada su atencion hácia otros puntos.

Habianse cometido por este tiempo algunos escesos graves en la Mancha, donde fueron asesinados el ministro de Hacienda de Cárlos IV, Soler, y el canónigo de la iglesia Primada de Toledo, D. Juan Duro, amigo del príncipe de la Paz. En Estremadura, amenazada ahora por los franceses, fueron tambien asesinados en la villa de Usagre su alcalde mayor, y en Badajoz el tesorero general que habia sido D. Antonio Noriega, un coronel de milicias y dos prisioneros franceses: y si bien los asesinos de estos dos últimos pueblos fueron castigados con el último suplicio, contristaban generalmente estos sangrientos atentados, fruto amargo de circunstancias tan azarosas.

Mandaba el ejército de Estremadura el general Galluzo, quien pensó en fortificar y guardar los puentes del Tajo. Los franceses, sin embargo, ocuparon primero el del Arzobispo, y el general Trias que iba á guarnecerle tomó posicion para observar los enemigos. Atacáronle estos y se retiró; con lo cual Galluzo, que custodiaba el puente de Almaráz con 5.000 hombres dejando, para defenderle dos batallones y una compañia de zapadores, se retiró con el resto de la tropa á Jaraicejo, tres leguas detrás de Almaráz. Mandaba el mariscal Lefebvre la fuerza enemiga, que

ascendia á 25.000 hombres, entre ellos 3.000 de caballería. Una de sus divisiones acometió y tomó el puente de Almaráz, perdiendo nosotros allí 200 prisioneros: el fuego duró una hora. No contemplándose Galluzo en seguridad con la toma del puente, se replegó á Trujillo. Estas retiradas eran en aquel tiempo orígen, por lo comun, de murmuraciones y quejas contra los jefes; porque contando el soldado con su valor y decision, creia que habia lo bastante para resistir y aun vencer al enemigo, y no podia persuadirse de la necesidad de esquivar los combates. Acaso no pocas veces tenia una buena parte en las hablillas la envidia y el interés personal, y aun la codicia y la repugnancia á la disciplina, que hallaban en la revuelta un medio de entregarse al pillaje y á los escesos de la libertad. Cundió, pues, la fermentacion por todo el ejército; y el general Galluzo determinó, vista la mala disposicion de la tropa y la mucha fuerza del enemigo, retirarse hácia la sierra que divide á Estremadura de Andalucía, y se fijó en Zalamea, adonde el dia 28 de Diciembre llegó el ejército en esqueleto: tan grande habia sido la dispersion. Pero pudieron librarse 17 piezas de artillería, y posteriormente llegaron á Zalamea otros 1.200 hombres. Con la retirada de nuestro ejército avanzaron los franceses y entraron en Trujillo.

La junta Central, al pasar por Estremadura en su viaje á Sevilla, adonde llegó el 17, habia nombrado en lugar de Galluzo al general Cuesta, á peticion de las juntas estremeñas, por gozar buen concepto el general en aquella provincia, donde habia manda-

do anteriormente. Fijó Cuesta su cuartel general en Badajoz, hizo venir á aquella plaza las tropas que estaban en Zalamea, y empezó á reorganizar el ejército. La Junta Central por separado, mandó guardar con las fuerzas que se pudiesen reunir las avenidas de Andalucía.

El dia 18 empezó de nuevo la junta sus sesiones en el Alcázar de Sevilla. El dia 28 murió el conde de Floridablanca, aquel político, diestro en los tiempos de Cárlos III, y siempre buen español. Celebráronse con pompa régia sus exequias, y se le hicieron honores de Infante de Castilla. Fué nombrado en seguida vicepresidente de la Junta el marqués de Astorga, grande de España.

CAPÍTULO VII.

Cuidados de la junta central.—Desasosiego de Napoleon.—Indecision de los ingleses: caminan hácia Valladolid: encuentros que tienen con los franceses.—Marqués de la Romana.—Pasa Napoleon el puerto de Guadarrama.—Retíranse los ingleses al Esla.—Encuentro en Benavente.—Siguen su retirada los ingleses á Galicia: su insubordinacion.—Es sorprendida en Mancilla una division española.—Retírase el marqués de la Romana la via de Galicia.—Trabajos de los españoles en su retirada.—Pérdidas é indisciplina de los ingleses.—Síguenles los franceses.—Batalla de la Coruña: muerte del general Moore.—Embárcanse los ingleses: entran en la Coruña los franceses.—El marqués de la Romana en Galicia.—Se dirige Soult á Portugal —Napoleon en Valladolid restituyéndose á Francia: preparativos del Austria para la guerra.—José Bonaparte.—Ejército del centro.—Batalla de Uclés: violencias y atrocidades de los franceses.—Entra de nuevo José en Madrid.

Angustiosa era la situacion de la junta central en aquellos momentos. Ya no existian los ejércitos nacionales: solo se contaban, y muy decaidos, algunos restos en varias plazas y puntos, estos abiertos al enemigo. Poco se podia esperar del ejército inglés despues de haber desaparecido los nuestros, máxime hallándose en España Napoleon al frente de un ejér-